



El armadillo que querÃa volar

HabÃa una vez, en un bosque cálido y lleno de colores, un armadillo llamado Timo. Era curioso, inquieto y algo testarudo. Pero tenÃa un sueño que no se le quitaba de la cabezaâ?¦

â??¡Yo quiero volar! â??decÃa todos los dÃas mientras miraba a los pájaros en el cielo azul de la sabana.

Los demás animales se le quedaban viendo, sorprendidos.

â??Pero, Timo, ¡los armadillos no vuelan! â??le decÃa la tortuga Manchitas, que vivÃa cerca del rÃo Magdalena.

â??¡No me importa! Si los pájaros pueden, ¡yo también podré! â??respondÃa con una sonrisa cabezota.

Durante muchos dÃas, Timo intentó todo lo que se le ocurrÃa para lograr volar.

Primero, se pegó hojas grandes de bijao en su caparazón y en las patitas con miel que encontró en una colmena escondida. CorrÃa y gritaba:

â??¡Ahora sà vuelo! ¡MÃrame, Manchitas! ¡Soy el armadillo-colibrÃ!

Pero solo se le pegaron unas hormigas en la panza, y acabó metido en un charco.

â??Tal vez necesito alas de verdadâ?¦ â??pensó.



Luego construyó unas alas con ramitas de guayacán y plumas que encontró en el suelo, amarradas con lianas secas. Se subió a una piedra alta, respiró profundo yâ?¦

â??¡A volaaaaaaaaar!

¡Pum! Cayó de espaldas sobre un montón de hojas secas.

â??¡No me dolió! â??gritó riendo, rodando como una canica gigante.

Después, intentó hacer un globo con taparas secas y tela vieja de una hamaca rota, y lo llenó de aire caliente con la ayuda del castor inventor, don Juancho.

â??¡Esta vez sà funciona!

Pero el globo hizo â??¡pff!â?• y salió volando como un sapo resbaloso.

También trató de correr rapidÃsimo para tomar impulso, saltando desde un pequeño cerro. Cada vez acababa enredado, rodando cuesta abajo como una piedra redondaâ?! ¡pero nunca dejaba de reÃr!

â??¡Ya van como veinte caÃdas! â??le gritaba el mico Chucho desde la rama de un árbol.

â??¡SÃ! Pero cada vez caigo un poquito más lejos â??contestaba Timo, sacudiéndose el polvo del caparazón.

Un dÃa, llegó volando a la zona una lechuza sabia y viejita: la Señora Olaya. Todos los animales del bosque escuchaban con atención cuando ella hablaba.

â??¿Qué haces, Timo? â??le preguntó con voz suave.

â??Estoy intentando volar, pero todavÃa no lo consigo â??dijo el armadillo, con un poco de tristeza.

La Señora Olaya lo miró con ternura y le dijo:

â??Tal vez no puedas volar como un pájaroâ?¦ pero puedes hacer cosas que ellos nunca podrán. Tú puedes excavar túneles, protegerte con tu armadura, descubrir tesoros bajo tierra, ayudar a los demásâ?¦ Y si miras con el



coraz \tilde{A}^3 n, ver \tilde{A}_i s que volar tambi \tilde{A} ©n puede ser so $\tilde{A}\pm$ ar, aprender, crecer y ser t \tilde{A}^0 mismo.

Timo se qued \tilde{A}^3 pensativo. Mir \tilde{A}^3 el cielo, luego sus patas fuertes, su caparaz \tilde{A}^3 n brillante, y a sus amigos.

â??¿Sabes qué? Tienes razón â??dijo al finâ??. ¡No necesito alas para volar!

Desde ese dÃa, dejó de intentar volarâ?¦ pero nunca dejó de soñar.

Y asÃ, Timo se convirtió en un armadillo muy especial: el que enseñaba a soñar a todos los animalitos del bosque tropical.